

Fabrizio Fallas Vargas

La crítica de Theodor W. Adorno al revisionismo neofreudiano

No aquellos que mueren, sino aquellos que mueren antes de lo que deben y antes que quieran morir, aquellos que mueren en agonía y dolor, son la gran acusación contra la civilización [...] El ser humano puede morir sin angustia si sabe que lo que ama está protegido de la miseria y el olvido.

Herbert Marcuse

Abstract. *This paper explores Theodor W. Adorno's critique of the psychoanalytical tendencies that configure what is called "neofreudian revisionism", fundamentally represented by Erich Fromm's and Karen Horney's theoretical attempts to establish a "revolution within psychoanalysis". Accordingly, the study inquires about the young Adorno's reception of Freud, and his performance as a member of the Institute for Social Research in Frankfurt. Likewise, it assesses the scope of the self-proclaimed "neopsychanalysis" and its capacity to achieve a critical insight into the organization of human existence in contemporary society.*

Keywords: psychoanalysis, neopsychanalysis, neofreudian revisionism, Freud, Adorno.

Resumen. *El trabajo explora la crítica que desarrolla Theodor W. Adorno a las tendencias del psicoanálisis que configuran el "revisionismo neofreudiano", representadas fundamentalmente por los intentos teóricos de Erich Fromm y Karen Horney, de fundar*

una "revolución del psicoanálisis". Para esto, indaga la recepción que hace el joven Adorno de Freud, y su despliegue como miembro del Instituto de Investigación Social de Frankfurt. Asimismo se valoran los alcances del autodenominado "neopsicoanálisis" y su capacidad para la penetración crítica de la organización de la existencia en la sociedad contemporánea.

Palabras clave: psicoanálisis, neopsicoanálisis, revisionismo neofreudiano, Freud, Adorno.

Adorno, como los otros filósofos de eso que ha dado en llamarse Escuela de Frankfurt, pertenece a una tradición de pensamiento crítico que ha hecho del principio de corporalidad y el recuerdo de las víctimas uno de los núcleos centrales de su aparato teórico-conceptual. El cliché de asumir la impenetrabilidad y/o dificultad de su escritura puede adoptar asimismo una forma mnémicamente neutralizada que negaría a Adorno la posibilidad de decir algo a América Latina o a los empobrecidos del capitalismo periférico; puede adoptar también una forma

racionalizada de mediocridad con el clásico *ad hominem* que acusa al frankfurtiano de pesimista, elitista o incomprensible.

Marx ironizaba en *El manifiesto* la reacción conservadora con una imagen viviente, es decir, la proyección de lo no viviente de la misma, así como el carácter fragmentador de la organización capitalista de la existencia sobre el cuerpo y la psique, como condición de extracción de riqueza: “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes”¹. En efecto, la descorporeización elevada a norma simbólica de control social expresa asépticamente la depauperación física y moral estructural a que es sometido uno de los “contratantes” de la relación laboral que sanciona el trabajo enajenado, y específicamente la relación del obrero con su producción en tanto que nodo articulador de servidumbre histórico-socialmente particularizada, como determinación negativa.

En su primera generación (Fase Grünberg), el Instituto de Investigación Social enfrenta el desafío de proveer soporte científico a la praxis del movimiento contemporáneo de los trabajadores, haciéndose cargo tanto de la caricatura organizada del marxismo soviético, como del fracaso de la revolución social en Alemania de 1918 y 1919, en un momento que consideraban, de transición del capitalismo al socialismo. La sistemática cooptación de obreros por la socialdemocracia, caracteriza el proceso regresivo de contestación que enfrenta la segunda generación del Instituto (Fase Horkheimer). En ese sentido, la consigna para una praxis concreta requería el trazado de la génesis de esa regresión. De ahí que el psicoanálisis, que figuraba desde antes de 1933 dentro de las herramientas de trabajo del Instituto de Investigación Social², comienza a enfocarse en el estudio de la autoridad y la familia, (estudio en que colabora incluso Erich Fromm) para el estudio de los procesos psíquicos que intervienen en la configuración de determinado tipo de individuo al interior de la racionalidad capitalista, la psicología de masas, la abstracción la razón con preeminencia de la razón subjetiva, el estudio

del fascismo, posteriormente al análisis de la industria cultural y la sociedad en el capitalismo tardío. Filosofía, sociología y psicología³, serán operacionalizadas por los miembros del *Institut* en una nueva analítica.

La tendencia a fragmentar el cuerpo y el pensamiento del capitalismo, que había seguido trabajando, convertía la ironía fantasmagórica de Marx en una profecía y al sujeto autónomo kantiano en su reverso. Por ello teoría del fetichismo de la mercancía requería una mayor determinación en función de comprender este tránsito hostil a tendencias negativas. Si *toda reificación es un olvido*, la eclosión de lo obturado entra a jugar en primer orden, contra la tabuización de la desviación social y la sistemática desexualización de la existencia en función de lo existente, como bien lo sabía Freud.⁴ Adorno, Horkheimer y los colegas del Instituto constatan que el orden individual atomizado en tensión con una estructura social desestructurante, tendría repercusiones afectivas importantes, toda vez que los contenidos arcaico bestiales en la psique del individuo pasan a ser recapitulados con su reducción a la impotencia, extrañado ante los poderes inescrutables de un mecanismo devenido autónomo, de una segunda naturaleza⁵.

La crítica del “revisiónismo neofreudiano” efectuada por Adorno, y que luego será retomada por Marcuse en su polémica con Fromm no está interesada en reproducir la teoría freudiana como un cuerpo doctrinal acabado, sino en mostrar sus potencialidades en la indagación acerca de los procesos psíquicos individuales y su articulación con lo social, teniendo como punto de partida la denuncia del imperio de lo falso/abstracto hipotasiado como verdadero, y el necesario carácter mediado histórico-socialmente de la amenaza a la subjetividad autónoma. Mientras tanto las exigencias de integración del sujeto se fijan en las calas de “el nuevo psicoanálisis”⁶, que expresa a través del vaciamiento de determinados contenidos, caracteres y acercamientos teórico-empíricos del psicoanálisis, aunados a una retórica predominantemente edificante.

Ya el joven Adorno, percibía durante la década del veinte, el ascenso del irracionalismo en lo teórico, de la mano de Kierkegaard y la *Lebensphilosophie*, así como su ubicación al

interior del conflicto social, en la estetización de la política. En sus *Lecciones de sociología*, de 1969 sostiene: “por lo demás, es interesante destacar [...] que este tipo de pensamiento, tal como aparece hoy en día en el ámbito de la reflexión y la teoría social, ha aparecido anteriormente en el ámbito de la estética. Esto se ha producido en aquellas corrientes de, aproximadamente, la década de 1920 que han echado mano a formas ya largamente superadas, preburguesas, pero que, al mismo tiempo, sin ninguna reflexión objetaban el concepto de progreso como no moderno, operando con conceptos como el de “fin de la modernidad”. Y el fascismo mismo tenía también algo de este matiz ideológico de ser no modernos o antimodernos, y sostener que esto es precisamente lo moderno. Esto se ha trasladado a la argumentación contra la teoría crítica de la sociedad”⁷.

En su *Escrito de habilitación* de 1927, titulado “*El concepto de inconsciente en la teoría trascendental del entendimiento*”, Adorno emprende el combate del irracionalismo teóricamente basamentado en Schopenhauer y la *Lebensphilosophie*, el cual, para Adorno habría ser superado por medio de un nuevo desencantamiento de los fondos inconscientes a través de la terapia analítica, de manera que su lógica interna (fenómenos oníricos, actos fallidos, síntomas neuróticos) fuera reconducida al conocimiento. Al permanecer ignotas sus determinaciones objetivas, la racionalidad subjetiva pasaba a ser resistida y habría de ser abstractamente reemplazada por el mito, la afirmación de la inmediatez primitiva y los poderes instintivos del inconsciente. Con el análisis del carácter afirmativo del irracionalismo, realiza un interesante acercamiento a la crítica marxista de la ideología. Al desvincularse de los procesos que constituyen la experiencia social, dichas tendencias cumplen su función pretendiendo apartarse del objeto por medio de la instauración de instancias de poder ininteligibles e incontrastables que le permitirían al individuo aislado sobrelevar su vida en una esfera psíquica privada, al interior de la competencia. Pese al rechazo de su trabajo por parte de las autoridades de la Universidad de Frankfurt⁸, Adorno se hace cargo de las dificultades, redacta otro estudio

sobre *Kierkegaard, La construcción de la estética*, publicado el año 1933, que coincidiría con el ascenso de Hitler al poder, pero que le permitiría entrar en el Instituto de Investigación Social, bajo la dirección, entonces, de Max Horkheimer⁹. El marxismo y psicoanálisis que se respiraban en el *Institut* le permiten continuar con las mediaciones de Kant a Marx. Adorno consigue desplegar una superación en la estrategia teórica que había adoptado para leer a Freud. No era ya el neokantismo corneliano el referente para tener a Freud como modelo cognoscitivo, sino que había de abordárselo, con recuperación de la dialéctica que había sido tachada en la lectura tradicional de Kant, y sin la cual se perdía necesariamente el vínculo con la tradición filosófica que sigue hacia Fichte, Hegel y Marx, mostrando la tensión existente entre individuo y sociedad, entre el deseo y su represión, la somatización de la renuncia y la configuración de neurosis¹⁰.

Para el 26 de abril de 1946, en el exilio, Adorno imparte una conferencia en la Sociedad Psicoanalítica de San Francisco: *La ciencia social y las tendencias sociológicas en el psicoanálisis*; sus ataques van ahora dirigidos contra el revisionismo neofreudiano representado por *El nuevo psicoanálisis* de Karen Horney y *Las limitaciones sociales de la terapia psicoanalítica*, de Erich Fromm (aparecido hacia 1935 en la revista del Instituto). En *La revisión del psicoanálisis*, artículo publicado en *Sociológica*, Adorno hace una precisión conceptual respecto de los reproches que se hacen al “instintivismo” del psicoanálisis¹¹. Si bien podía éste ser entendido en una división mecánica de instintos fijos, postura contra la cual Adorno también se manifestaría, también podía ser entendido en términos de una deducción psíquica flexible de los impulsos de placer y autoconservación, con variaciones casi infinitas¹². Convertida la libido en tabú, señala Adorno, lo que se torna determinación mecánica es el *carácter* que han hipostasiado los revisionistas, clamando por que sean tomados en cuenta “los factores ambientales” al margen de los procesos libidinales, cuya historia fuere vislumbrada por Freud como articulación conflictiva del yo y el ello, de manera que la recusación del “instintivismo” que postulan los revisionistas como revolucionario, “acaba concretamente en la negación de que la cultura, al dar vigor a las restricciones en

materia de impulsos libidinosos y principalmente destructivos, condense en su conjunto montos importantes de represión, sentimientos de culpabilidad y deseos de autocastigo”¹³. Además, señala Adorno, la pugna contra el papel central de los recuerdos infantiles –elemento nuclear de la terapia psicoanalítica– y fundamentalmente el desarrollo de los traumas que inciden en el desarrollo de la personalidad, termina en una teoría del carácter totalista, integral que pasa por alto los episodios traumáticos que atraviesan en su dislocación a la personalidad contemporánea. El carácter total que quieren los revisionistas al margen del concepto de *lesión*¹⁴ manejado por Freud respecto de procesos singulares de la niñez, no es más que una ilusión en una sociedad en la que los individuos no son individuos, y de la cual éstos se encuentran extrañados¹⁵. Es en la atomística de la existencia individual de donde Freud extrae la verdad de la socialización no accesible a los revisionistas y su mirada epidérmica respecto de las circunstancias sociales¹⁶. La añoranza de totalidad (abstracta) en contraposición al impulso singular y fragmentario (base del síntoma –fenómeno propiamente crítico de la psicología– y la compulsión de repetición en que se manifiesta) responde a una creencia armonizadora en la unidad de la persona cuya realización se torna imposible en la sociedad administrada, con lo que los revisionistas hacen méritos en un entusiasmo conformista no atribuible ni siquiera a Freud que sin dejar de ser burgués, al menos nunca resolvió falsamente las contradicciones del orden existente, sino a pulverizar tal unidad mistificada¹⁷. Hipostasiado como fuerza originaria el resultado ya endurecido de la dinámica psíquica, las experiencias traumáticas que intervienen en la constitución del carácter son entonces secundarias, con lo cual se entronizan las “influencias adversas”¹⁸, y entre ellas la paradigmática e indeterminada –falta de amor por parte de los padres– sustituyendo fenómenos “terribles e inequívocos, como el miedo a la castración”¹⁹ como causa de la neurosis, el psicoanálisis ha sido emasculado.

Escindidos, individuo y sociedad, cual realismo primitivo, los revisionistas olvidan que no sólo el “individuo” del que hablan, sino que el mismo, como categoría son producciones sociales²⁰. En la medida en que se sociologiza, el psicoanálisis

pierde vigor en tanto que órgano para elucidar los conflictos de origen social; así, en Horney, que ha abandonado nociones somáticas, desplaza la atención sobre el carácter de la represión de la sexualidad para enfatizar la presión social como determinante del carácter, el abandono de la libido, logrando una tarea encubridora, es decir, ideológica, al tiempo que perpetúan la escisión al proponer una unificación de los determinantes culturales y la psicología individual.

Para Adorno, la radicalidad del psicoanálisis, aparece vinculada a la teoría de la libido que “alcanza filogenética y ontogenéticamente el punto en que coinciden el principio social de dominación y el psicológico de la represión de los instintos”, mientras que la propuesta neofreudiana reúne ambos principios tras haberlos hecho inofensivos: “la dominación se nos aparece como disciplina familiar, falta de amor y otros epifenómenos, y la represión de los instintos, como temor que tiene su lugar en las capas exteriores del narcisismo y en conflictos que se desarrollan más en lo preconsciente que en lo inconsciente”²¹. Incluso, señala Adorno, han dessexualizado la teoría al ratificar sus prejuicios sociológicos; además, al renunciar a la distinción entre apariencia y esencia, pactan con el sano sentido común, despojando a la psicología de su impulso crítico. Horney, conspicua teórica del “feminismo psicoanalítico”, participa de esta tendencia, a la vez que exalta la familia en su forma actual, explicando el ejercicio irracional del poder en términos meramente de comportamiento social (*social behavior*), y asumiendo la normalidad como si se tratara de un ideal obvio²². Así entendida, la teoría psicoanalítica tiene por objetivo el ajuste, sus conceptos son divididos en constructivos y no constructivos. En este sentido, si bien han apuntado en sus primeras fases, en el caso de Fromm al desajuste entre una derivación genética de la moral y el que se dejen intactos tipos morales oficiales –como el caso de la noción de utilidad y productividad sociales– terminan aduciendo de manera acrítica la necesidad de las normas morales en nombre de la armonía individuo-sociedad sin elucidar su carácter de verdad o falsedad, con lo que acaban suscribiendo la moral convencional vigente²³ y la mala conciencia²⁴. Asimismo, el que el carácter sea “deformado” obedece para

Horney en *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, a que la cultura está cimentada sobre la competencia, lo que para Adorno resulta en desmedro del carácter crítico del psicoanálisis puesto que sustituye tanto el carácter violento originario vinculado a la represión de la gratificación con miras a la autoconservación, como a la introyección que el individuo carga filogenéticamente y que re-experimenta en un nivel ontogenético. Ello remite a procesos de normalización e institucionalización de la violencia en organizaciones económico-políticas complejas, y su racionalidad sacrificial y su garantía de castración²⁵. No es extraño que varios de los textos neofreudianos constituyan una mercancía a la venta en cualquier supermercado y que reditúe una buena ganancia a los editores en orden a la divulgación de las bondades del ajuste social y de la retórica del *self-made man*, precisamente en una sociedad en la que el narcisismo no es más que un esfuerzo desesperado de compensar al menos parcialmente la impotencia en que transcurre la existencia del individuo y que al tornar casi insuperables las dificultades existentes para el desarrollo de relaciones espontáneas y directas entre los seres humanos finalmente sea volcada su energía libidinal de manera autorreferencial; narcisismo que Horney superficialmente considera autoapoteosis patológica por contraposición a “Una confianza en sí mismo sana supone una amplia base de cualidades humanas tales como iniciativa, valor, independencia, talento, cualidades eróticas y capacidad para dominar las situaciones que se presenten”²⁶. Adorno denuncia la cercanía no sólo con el positivismo que guarda Horney al preocuparse sólo de lo dado, sino también con el pragmatismo en el sentido de que procede a negar el pasado (al que se resiste) en nombre de la dominación del futuro, de manera que “La persona curada no sería otra cosa que un foco de reflejos condicionados”²⁷.

De conformidad con la insistencia en el amor y su distinción convencional entre amor sexual y amor sublime; en la ternura y el afecto frente a la sospecha de su radical sensualidad, los revisionistas no sólo muestran que el tabú tuvo más fuerza sobre su producción teórica que sobre la del mismo Freud, sino que lo que resisten es el tratamiento que le da Freud, “o sea el que Freud

convirtiese en central la sexualidad y se aferrase a los tabúes sexuales, no es, en modo alguno, un simple error intelectual, sino que responde al estado de hechos objetivo, por el cual el placer y la prohibición no se pueden desarticular en forma mecánica, sino que se condicionan recíprocamente; es preciso concebirlos en su mutua acción, y tan difícil es representarse el placer sin la prohibición como ésta sin aquél. Si el psicoanálisis niega este ensamblaje, se reduce a un tipo de terapia social destinada a resolver saludablemente los conflictos del yo, y termina en una ratificación incluso de la sociedad patriarcal, de la que había querido apartarse la Secesión”²⁸.

Adorno llama la atención respecto de la ingenuidad con que se plantea el optimismo neofreudiano en su creencia de que la psicoterapia es capaz de curar el antagonismo entre el ser privado y el ser social del individuo, contraponiéndolos a la lucidez de Freud que expresa de manera adecuada con su atomística psicológica, una “realidad en la que los hombres han sido atomizados y divididos unos de otros por un abismo insalvable”²⁹, y pese a que éste aceptó, y también con ingenuidad la estructura monadológica de la sociedad, los neofreudianos quieren criticarla tratando las relaciones humanas “como si ya fuesen humanas”. Precisamente, como señala Adorno, “En la constitución actual de la existencia, las relaciones entre los hombres ni proceden de su libre albedrío ni de sus instintos sino de leyes sociales y económicas, que se salen con la suya por encima de ellos; y si en tal situación la psicología se humaniza o hace idónea para la sociedad, obrando como si fuese ésta la determinada por los hombres y por su yo más íntimo, presta a una realidad inhumana el resplandor de lo humano... el que tenga que hablarse del costado luminoso del individuo y de la sociedad, y no del sombrío, es exactamente la ideología oficialmente admitida y respetable, a la que sucumben los neofreudianos, que se indignan contra el reaccionario Freud, en tanto que apunta a la verdad sobre las relaciones de las que nada dice”³⁰.

Luego, la discusión que creen encontrar los revisionistas en torno a que después de los cinco años en la vida del ser humano no hay grandes novedades, y ver en la compulsión de repetición elementos de evolucionismo mecánico pasa por

alto procesos de filogénesis y ontogénesis en razón de los cuales “la reiteración idéntica de reacciones psicológicas caracteriza un estadio histórico en el que se destacan de nuevo los rasgos arcaicos de la civilización”³¹. Lo nuevo sólo puede ser arrancado de lo que se presenta abstractamente como nuevo, replica Adorno, al hacerse cargo la teoría de la repetición, llamándola por su nombre, insistencia en lo no idéntico, todo lo cual es difamado por Horney como neurótico-mecánico o una actitud fría y sin ternura producida en última instancia por falta de amor³² (después de todo, asegura Horney, las cosas no van tan mal; y en el caso de Fromm la virtud, el coraje, la honestidad y la creatividad resultan atractivas a todo el mundo, y no son incentivos para la moralidad puesto que la conducta moral es una recompensa en sí misma, y esta es posibilitada por la misma sociedad que reprime). El orden establecido no se toca si se pretende que todos seríamos, sino irradiando los antagonismos immanentes. La grandeza de Freud, señala Adorno, “reside en que deja sin resolver semejantes contradicciones y rehúsa pretender una armonía sistemática allí donde las cosas estén desgarradas en sí mismas: hace patente el carácter antagónico de la realidad social en la medida en que éste alcanza a su teoría y a su praxis en el interior de una división del trabajo prescrita. La inseguridad del fin propio de la acomodación —y la sinrazón, por tanto de la actividad razonable— que descubre el psicoanálisis refleja algo de la sinrazón objetiva y se convierte en denuncia de la civilización”³³; mientras que los autodenominados neopsicoanalistas, mediante un planchado de las contradicciones de la teoría psicoanalítica se dirigen a la contemplación de lo existente³⁴.

La crítica adorniana, de conformidad con lo anterior del revisionismo neofreudiano presenta varios núcleos teóricos. Primero el ataque de Adorno sostiene la idoneidad de la explicación de Freud del carácter histórico de la personalidad, a través de la articulación conflictiva del yo y el ello, frente a los intentos de los revisionistas que postulan un yo caído del cielo que interacciona con la sociedad. Asimismo, al haber señalado el carácter traumático de la civilización contemporánea, Freud se encuentra muy por delante de la creencia de armonía

que se sigue de las pretensiones del revisionismo. Por esto, los “nuevos psicoanalistas” hacen méritos en el conformismo, lo cual ha de matizarse respecto de Freud, quien pese a ser un pensador burgués, no termina resolviendo falsamente las contradicciones del orden establecido. En este sentido, Adorno y Horkheimer advierten: “La dialéctica del iluminismo se invierte objetivamente para convertirse en locura... La reificación —gracias a la cual la estructura del poder, hecha posible únicamente por la pasividad de las masas, se aparece ante las masas como una realidad indestructible— es ya tan acabada que toda espontaneidad, e incluso la simple idea del verdadero estado de las cosas, se ha convertido fatalmente en utopía excéntrica, en sectarismo marginal. La apariencia se ha condensado hasta tal punto que el hecho mismo de atravesarla asume objetivamente el carácter de alucinación”³⁵.

Si penetrar la reificación en su densidad psico-somática y denunciarla se convierte en síntoma demencial para la opinión recta y sus guardianes, y la dócil adaptación, atenta es la exteriorización del crimen que contra la humanidad se lleva actualmente a cabo. Al margen de la razón no hay superación de la escisión. En su faz instrumental/abstracta la razón es olvido de lo otro que es su vida misma, por lo que se hace imprescindible, para la teoría crítica un nuevo giro hacia el sujeto en el recuerdo de la naturaleza³⁶ somática. Lo indecible, el sufrimiento de las víctimas tendrá su expresión mientras el pensamiento no haya capitulado ante la prepotencia de lo dado. A través de la introyección de la constricción como deber de conciencia, desde entonces el sujeto ha devenido sujeto-objeto de la represión; dicho proceso de embrutecimiento y su añoranza por lo indiferenciado que fagocita lo no idéntico recibe su luz de lo negativo, y ello exige proceder a destruir la destrucción. El significado de Auschwitz en Adorno no es local, sino que los pogromos, la represión, el genocidio y la tortura expresan peculiarmente prácticas autoconservadoras de la barbarie identificatoria, el daño de lo vivo que ha emprendido desidentificación y pasa a integrar un exogrupo molesto, irritante: jóvenes, estudiantes, campesinos, artistas e intelectuales críticos, pobladores originarios, homosexuales, mujeres, extranjeros.

Auschwitz es la búsqueda perenne del silencio definitivo y aséptico, la eliminación del despliegue de lo somático.

Notas

1. Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del partido comunista*, p. 93.
2. “Desde el principio, el Instituto contó con un Departamento psicoanalítico que fue dirigido por Karl Landauer, el malogrado discípulo de Freud en Bergen-Belsen. La *Revista de Investigación social* contenía en su primer número un artículo programático sobre las tareas a desarrollar por una psicología social analítica. La sombra de la inminente y amenazadora dictadura hitleriana, nos encontrábamos ante la contradicción existente entre los manifiestos intereses de las masas y la política fascista, por la que aquellas se dejaron atraer entusiásticamente. Vimos cómo la presión económica continuó en inconscientes procesos psicológico-sociales, lo que obligó a las gentes que se encontraban bajo esta presión a convertir la cuestión en una cosa propia, poniendo a la venta su propia libertad”. (Theodor W. Adorno, Prólogo a *Freud en la actualidad*, p. 7)
3. Al respecto, afirman Adorno y Horkheimer: “Cuando Freud pretendió que la sociología no era en su totalidad más que una psicología aplicada, no debemos olvidar que las leyes de la sociedad no son las mismas que predominan en la pura interioridad del hombre. Estas leyes se han estancado. Dividen al hombre y a la psique individual, enfrentándolos y oponiéndolos en lo más decisivo. Cuanto más se demuestra esto, tanto más se transforma la función de lo que abarca la expresión “psicología social”. Si hace veinticinco años ésta pretendía seguir como la coacción social, llegando hasta las más finas ramificaciones anímicas del individuo, haciéndole creer que él era para sí mismo y que se pertenecía a sí mismo, la reflexión actual sobre los mecanismos psicológico-sociales se aprovecha más bien para apartar al hombre de esa coacción de la sociedad. Las dificultades y conflictos del actual estado de cosas son colocadas bajo un prisma inofensivo desde el momento en que, sin intermediación alguna, se reducen a simples procesos interiores”. (Ibid., pp. 8-9)
4. En *Las resistencias contra el psicoanálisis*, advierte con lucidez Freud: “La cultura humana reposa sobre dos pilares: uno, la dominación de las fuerzas naturales; el otro, la coerción de nuestros instintos. Esclavos encadenados son los que soportan el trono de la soberana. Entre los elementos instintuales así sometidos a su servicio, descuellan por su fuerza y su salvajez los instintos sexuales en sentido más estricto. ¡Ay si quedasen en libertad!: el trono sería derribado estrepitosamente, y la soberana, pisoteada sin conmiseración. Bien lo sabe la sociedad, y no quiere que de ello se hable.” (Sigmund Freud, *Las resistencias contra el psicoanálisis*, pp. 2804-2805).
5. En su discurso como Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Frankfurt, con ocasión del centenario de Freud, apunta Horkheimer: “Es la esperanza de que los descubrimientos de Sigmund Freud contribuyan a ayudar a una humanidad que está expuesta de forma extraordinaria a la Naturaleza exterior, a dominar mejor las fuerzas desconocidas que existen en su propio interior, antes de que sea más tarde de lo que es.” (Theodor W. Adorno, *Freud en la actualidad*, p. 53)
6. Respecto de la purga efectuada por los revisionistas de los elementos críticos del psicoanálisis, señalan Adorno y Horkheimer: “El revisionismo psicoanalítico de las más diversas escuelas que abogan por una mayor consideración de los llamados factores sociales frente a las pretendidas exageraciones freudianas, no solamente ha reblandecido los más grandiosos descubrimientos de Freud, el papel de la niñez, la suplantación y el concepto central del inconsciente, sino que además se ha unido con la razón trivial del ser humano, el conformismo social, desmereciendo la agudeza crítica. Todavía se considera como un progreso la regresión de la teoría freudiana a una psicología capaz de servir a todo el mundo. Freud es desplazado por segunda vez mediante un arreglo de sus teorías, para lo que se entienden sin ningún esfuerzo el oscurantismo mitologizado y el positivismo, que se siente contento con los simples fenómenos superficiales de la psicología del yo”. (Theodor W. Adorno, *op. cit.*, pp. 9-10)
7. Theodor W Adorno, *Introducción a la sociología*, p. 67.
8. Si bien Cornelius, el profesor neokantiano de Adorno y de Horkheimer era un hombre de izquierda apuntaba bien, como reconoció posteriormente Adorno, a las dificultades del trabajo en términos de la compatibilización del neokantismo de Mack y Avenarius con el psicoanálisis freudiano y su momento materialista primario y omnipresente: el tema del deseo genital.

9. Al poco tiempo, Adorno emigra a Inglaterra. Mientras, el Instituto se traslada a Zurich en 1934. En 1938, Adorno se reincorpora al instituto, que se había instalado en Nueva York, trabajando allí en varios proyectos, entre los que destacan su investigación sobre Doctor Faustus, en colaboración con Thomas Mann, y la redacción de la *Dialéctica del Iluminismo*, junto con Max Horkheimer, publicada por primera vez en 1947, en la editorial Querido de Amsterdam.
10. Una cultura sacrificial que retribuye neurosis a cambio de la obediencia a sus preceptos no hace más que poner en cuestión su propia viabilidad. Ya Freud, a inicios del siglo XX se pregunta si han valido la pena las renunciaciones que impone la moral sexual cultural, y señala en *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*: "...no es del resorte del médico presentarse con unas propuestas de reforma. Pero he creído que podía subrayar su urgencia si ampliaba la exposición de Von Ehrenfels sobre los nocivos efectos de nuestra moral sexual "cultural", con la referencia a su significado para la difusión de la nerviosidad moderna" (Sigmund Freud, *La moral sexual "cultural"*..., p. 181).
11. Aunque este constituye un reclamo de "realismo" común entre los revisionistas, Adorno responde a la posición prototípica de Karen Horney: "...el psicoanálisis debería evadirse de las limitaciones que le impone el hecho de ser una psicología 'instintivista' y 'genética'" (Theodor W. Adorno, *Sociológica*, p. 102).
12. Al respecto sería de gran provecho tener en cuenta un equívoco de graves repercusiones en el contenido de la teoría psicoanalítica, y gran parte del material vertido en lengua castellana, francesa e inglesa, en que ha incurrido la traducción castellana de López-Ballesteros, usada por décadas y que, a pesar de constituir una bella muestra de la prosa freudiana ha tenido por indiscernibles los conceptos: *Instinkt* (instinto) que responde a una tendencia incoercible y determinada del organismo viviente arrastrada de manera arcaica; y *trieb* (pulsión) cuyo sentido no es de fijeza, sino impulso-empuje motivante maleable, flexible en cuanto a contingencia del objeto y variabilidad de los fines. Al llevar a cabo los revisionistas neofreudianos una sobredeterminación del *instinkt*, la teoría es entendida en sentido mecánico, con lo cual los momentos de verdad del psicoanálisis resultan falseados.
13. Adorno, *Sociológica*, p. 103. Añade Adorno a las denuncias del revisionismo: "Como si la mirada con que Freud penetró en la inextricabilidad de los conflictos culturales, y por ello en la dialéctica del progreso, no hubiese sacado a la luz mucho más de la esencia de la historia que la apresurada invocación de los factores del medio que, según los revisionistas, habría de aclarar cómo surgen los conflictos neuróticos". (Ibid., pp. 130-104).
14. Concepto que cobra importancia capital en la teorización frankfurtiana, si se toma en cuenta la precisión que realiza Martin Jay respecto de *Erlebnisse* (referido a experiencias infantiles) y su diferenciación con *Erfahrungen*: "*Erfahrungen* implicaba un tipo de experiencia integrada, que incluía un sentimiento del pasado y una expectativa ante el futuro – en otras palabras, una experiencia mediada a través de la conciencia cultural" (Martin Jay, *La imaginación dialéctica*, p. 179).
15. En este sentido, sostiene Adorno: "El *Carácter* que ellos hipostasían, es en mucha mayor medida efecto de tales sacudidas que de una experiencia continua; su totalidad es algo ficticio, que casi podría llamarse un sistema de cicatrices, que sólo quedan integradas –nunca enteramente– con muchos padecimientos; y la disposición de tales cicatrices es propiamente la forma en que la sociedad se impone al individuo, no aquella continuidad ilusoria por mor de la cual los revisionistas apartan la mirada de la estructura, colmada de sacudidas, de la experiencia singular. Justamente al detenerse con obstinación en la atomística existencia del individuo, Freud ha alcanzado a ver la esencia de la socialización mucho más que la ligera oleada de los otros a las circunstancias sociales". (T. Adorno, *Sociológica*, pp. 104-105)
16. Al concebir el yo como algo más o menos dado que recibiría influencias del exterior dejando impresiones, los revisionistas hacen eco de la *Teoría del medio ambiente* de Taine, la cual, señala Adorno, "parte del supuesto de un individualismo ingenuo; asume, siguiendo los hábitos mentales del siglo XIX, que el individuo es una mónada independiente, autónoma y subsistente, que se vería afectada por fuerzas supuestamente externas" (*Sociológica*, p. 106). En *El miedo a la libertad*, afirma Fromm: "La naturaleza del hombre, sus pasiones y angustias son un producto cultural, en realidad el hombre mismo es la creación más importante y la mayor hazaña de ese incesante esfuerzo humano cuyo registro llamamos historia" (p. 38). Henry Stack-Sullivan realiza una especie de solución transaccional al postular un dualismo de física (energía) y cultura

(relaciones interpersonales), así como uno de herencia (satisfacción) y ambiente (euforia), destacando la importancia de la cultura y el ambiente incorporando elementos innatos (satisfacción). Para él el substrato es biológico, es dato, pero las diferencias interpersonales son marcadas por las relaciones sociales.

17. En efecto, Freud se encuentra por delante de sus sucesores “revolucionarios”: “Entre los mayores servicios que debemos a Freud ha de contarse el que haya desbaratado el mito de la estructura orgánica de la psique: de este modo ha reconocido mucho más de la esencia de la mutilación social de lo que podría hacerlo ningún paralelismo directo entre el carácter y los influjos sociales; y la sedimentada totalidad del carácter que los revisionistas empujan al primer plano es, por decir la verdad resultado de una cosificación de experiencias reales que, si se la plantea de modo absoluto, fácilmente se convierte en guarida ideológica para el statu quo psicológico del individuo.” (T. W. Adorno, “La revisión del psicoanálisis”, en *Sociológica*, p. 105)
18. Para Karen Horney la angustia, a diferencia de Freud —para quien surge como derivado de la falta de tramitación psíquica en la lucha con la realidad que se constituye óbice para la satisfacción del deseo— es un sentimiento fundamental, opuesto al amor. Las personas necesitan ser aceptadas, y la angustia básica es una reacción de la persona ante la falta de aceptación. En el *Nuevo psicoanálisis* afirma Horney: “El agente decisivo en la génesis de las neurosis es, entonces, ni el complejo de Edipo ni ningún género de afán infantil de placer, sino todas las influencias adversas que hacen que el niño se sienta desamparado e indefenso y que lo llevan a concebir el mundo como algo potencialmente amenazador” (citada por Adorno, *Sociológica*, p. 105)
19. Idem.
20. Por esto, Adorno aborda las dificultades con que topa la pretendida “revolución” en el psicoanálisis: “En vez de desgajar primero el individuo de los procesos sociales, para describir después la influencia conformadora de éstos, una psicología social analítica tendría que descubrir en los mecanismos más íntimos de cada individuo singular las fuerzas sociales determinantes. Hablar de influencias sociales en general es algo muy cuestionable, mera reiteración de la ideológica representación que de sí misma tiene la sociedad individualista; en la mayoría de los casos, los influjos exteriores solamente refuerzan y hacen aparecer las tendencias que están ya preformadas en el individuo; cuanto más profundamente sondea la psicología las zonas críticas en el interior del individuo, tanto más adecuadamente puede penetrar en los mecanismos sociales que hayan producido la individualidad; y por el contrario, mientras más apariencial sea la aplicación a la psicología de reflexiones de la teoría de la sociedad, más despreocupadamente se traspondrá a la superficie la mutua acción entre el mundo interior y el exterior”. (*Sociológica*, p. 107).
21. Idem.
22. Nótese los fragmentos que cita Adorno de *El Nuevo Psicoanálisis*: “No está probado que no pueda surgir un efecto de varias fuentes no libidinosas, que no sea, por ejemplo, una expresión y cuidado maternales”. Luego, “un ansia sádica por el poder nace de debilidad, de angustia, de impulsos vengativos”. Adorno contesta: “Mientras K. Horney sentaba esta teoría del sadismo, aguándolo hasta hacerlo una pura forma social de comportamiento, la política fascista de exterminio aportaba la cruel prueba de identidad del afán de poder supuestamente social con los impulsos sexuales, y precisamente la vaporización de tal identidad no contribuyó menos al desencadenamiento de la barbarie”. Asimismo a diferencia de Freud, quien en el tratamiento de perversiones no realiza una ecuación con patología, sino como desviación respecto del objeto, Horney introduce la moralina: “Dichas prácticas no están confinadas únicamente a los perversos sexuales, sino que se encuentran indicios de ellas en personas por lo demás sanas”. Incluso, señala Adorno, la desexualización operada por Horney desvincula la felicidad de la vida amorosa de la satisfacción sexual. (Cfr. Adorno, *Sociológica*, p. 108)
23. Horney realiza una distinción entre problemas pseudomorales y problemas morales con los que debe confrontarse el enfermo a efecto de que sea capaz de neutralizar la neurosis. Esto último resulta para Adorno además de autoritario y abstracto, ilegítimo en el sentido de que postula como solución una distinción que debería ser objeto de análisis: “Su único intento de determinar el contenido del ideal moral: “Un estado de libertad íntima en el que todas las facultades son plenamente útiles, cosa no solamente difusa, sino dudosa, pues la plena utilidad guarda más relación con el concepto industrial del pleno empleo que con la reflexión sobre los fines para los que contamos con las facultades. No cabe duda de que un aspecto de la dialéctica

del progreso es que el individuo y la sociedad están tanto más amenazados de regresión total cuantas más ideas queden disueltas al sacarse a la luz su carácter mítico; pero esta antinomia, en la que el psicoanálisis participa como parte de la Ilustración, tiene que ser aprehendida, y para el desarrollo del pensamiento filosófico de hoy se requiere en primer lugar la explicación de ambos momentos antagónicos.” (*Sociológica*, pp. 109-110) Para Fromm, los juicios de valor determinan los actos del individuo; la neurosis es síntoma de fracaso moral, de manera que un neurótico es una persona que no ha podido alcanzar la madurez ni la integración de la personalidad, la virtud es proporcional a la productividad, y la ética se refiere a la salud y la confirmación de la vida. En ese caso el virtuoso-productivo tiene dos rasgos: “Entrega al bienestar de sus semejantes y la actividad productiva” (Cfr. Benjamín B. Wolman, *Teorías y sistemas contemporáneos de psicología*, p. 412).

24. Sobre la mala conciencia potenciada por el revisionismo, sostiene Adorno: “Sería un derrotismo intelectual dejar el callejón sin salida tal como está y proclamar una especie de moral doble: por un lado, la disolución genética de las nociones morales mediante su reducción a la génesis del superego y de los sentimientos neuróticos de culpabilidad, y por el otro, una promulgación de valores morales abstracta y libre de influencias de la comprensión psicológica. La concepción neofreudiana conduce, por su propio sentido objetivo, a semejante ratificación del código convencional con mala conciencia, a la doble moral de la moral que tendría que ajustarse acomodaticamente a unas circunstancias cambiantes”. (Cfr. T. W. Adorno, *Sociológica*, p. 110)
25. Sobre este punto, Adorno señala: “...la escuela revisionista ha sustituido las amenazas no sublimadas, que dimanaban de la sociedad de hoy no menos que de la arcaica por el domesticado concepto de la *competencia*. Freud, que no partió de categorías sociológicas, captó la presión de la sociedad sobre el individuo, en sus formas concretas, por lo menos tan bien como sus seguidores sociológicos; en la época de los campos de concentración, la castración es más característica de la realidad social que la *competencia*”. Se refiere también al pluralismo biológico-sociológico-económico que hace del revisionismo aún más inofensivo: “...ningún momento de la concepción revisionista lleva tan inequívocamente el sello de lo inofensivo como su pluralismo, que enumera

tranquilamente, unos al lado de otros, fenómenos superficiales y determinaciones esenciales de la sociedad”. Adorno extrae de *El Nuevo psicoanálisis*, la siguiente “intuición” horneyana: “Como sabemos, la competencia no sólo domina nuestras relaciones en grupos de oficios y profesiones, sino que también rige nuestras relaciones sociales, nuestras amistades, nuestras relaciones sexuales y las que existan en las familias, y contiene en tal forma los gérmenes de la rivalidad destructiva, del menosprecio, de la suspicacia y de la envidia en toda relación humana. La existencia de bochornosas desigualdades no sólo en materia de fortuna, sino en posibilidades de instrucción, de esparcimiento, conservación y recuperación de la salud, constituye otro grupo de factores preñados de hostilidad potencial. Otro factor es también la posibilidad de explotación de unos por otros, ya sean grupos o individuos.” (Cfr. *Sociológica*, p. 111) Con esto la lógica inmanente de la economía clásica es “enriquecida” con el “menosprecio”, la “susplicacia” o la “envidia” ubicadas en un mismo nivel que las relaciones económicas y en definitiva, las tres tendencias neuróticas a las que Homey se refiere en *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*: docilidad excesiva, hostilidad y aislamiento convergen en desadaptación social.

26. *Sociológica*, p. 112.
27. *Idem*.
28. *Ibid.*, p. 113.
29. *Idem*.
30. *Ibid.*, p. 114.
31. *Idem*.
32. Contra el entusiasmo pseudorradical neofreudiano, sostiene Adorno: “...si se preguntase a bocajarro a los revisionistas qué es lo que, en el fondo tienen contra su maestro, es de presumir que dirían que le faltaba amor. Ningún pensador ni artista avanzado escapa a este reproche; por tomar amargamente en serio la utopía y su realización, no es ningún utópico, sino que clava los ojos en la realidad tal y como es, para no dejarse burlar por ella; quiere liberar de su cautiverio los elementos de lo mejor que en ella estén encerrados, y llega a la dureza de aquellas pétreas relaciones para romperlas.” (*Sociológica*, p. 115)
33. *Ibid.*, p. 117.
34. Sobre el carácter afirmativo que se opera sobre la teoría freudiana por parte de los neofreudianos señala Adorno: “En sus manos, la teoría de Freud se convierte en otro medio más de integrar las conmociones psíquicas al statu quo social: hacen del análisis del inconsciente parte de la cultura

de masas industrializada y de un instrumento de esclarecimiento, uno de la apariencia según la cual la sociedad y el individuo, la acomodación a la realidad todopoderosa y la dicha, coinciden; apariencia que se torna cada vez más omnipresente ideología de un mundo que atrapa al individuo sin residuo en una organización ininterrumpida; no obstante lo cual, sigue siendo no menos compulsiva e irracional de lo que siempre han sido las lesiones psicológicas del individuo". (Cfr. *Sociológica*, p. 117) Nótese que Fromm, en *El hombre para sí mismo*, ha señalado que el fracaso de la cultura moderna, no reside en el hecho de que "la gente se ocupa demasiado de su propio interés, sino en el que no se ocupa suficientemente del interés por su verdadero yo; no en el hecho de ser demasiado egoísta, sino en el de no amarse a sí mismos" (cfr. Benjamin B. Wolman, *Teorías y sistemas...*, p. 435), con lo que la dialéctica de la Ilustración queda reducida a un problema de autoestima en la subjetividad.

35. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, pp. 241-242.
36. Al respecto, sostienen los autores de la *Dialéctica del Iluminismo*: "Gracias a esta anamnesis de la naturaleza en el sujeto, en el cumplimiento de la cual se halla la verdad desconocida de toda cultura, el iluminismo se encuentra, como principio, en oposición al dominio..." (p. 57)

Bibliografía

- Adorno, Theodor W. & Horkheimer, Max. *Dialéctica del Iluminismo*, Trad. H.A. Murena. Buenos Aires: Editorial Sur, 1969.
- Adorno, Theodor W. *et al. Freud en la actualidad*. Barral Editores, 1971.

- _____. *Sociológica*, Trad. Víctor Sánchez de Zavala. Madrid: Taurus, 1979.
- Adorno, Theodor W. *Introducción a la sociología*, Trad. Eduardo Rivera López. Barcelona: Gedisa, 2000.
- _____. *Minima moralia*, Trad. Joaquín Chamorro Mielke. Madrid: Taurus, 2001.
- Freud, Sigmund. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna", Trad. José Luís Echeverri. En *Obras completas*, Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1997, pp. 159-181.
- _____. "Las resistencias contra el psicoanálisis", Trad. Luis López-Ballesteros. En *Obras completas*, Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981, pp. 2801-2807.
- Fromm, Erich. *El miedo a la libertad*, Trad. Gino Germani. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- Horney, Karen. *El nuevo psicoanálisis*, Trad. Salvador Echavarría. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.
- _____. *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Trad. Ludovico Rosenthal. Buenos Aires: Paidós, 1973.
- Jay, Martin. *La imaginación dialéctica*, Trad. Manuel Pascal Morales. Buenos Aires: Taurus, 1991.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*, Trad. Juan García Ponce. México: Joaquín Mortiz, 1986.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Manifiesto del partido comunista*. En *Obras escogidas*, Tomo IV. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre, 1973.
- Wolman, Benjamin B. *Teorías y sistemas contemporáneos en psicología*, Trad. José Toro Trallero. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1975.